

so; se vieron demonios que se les había caído la careta y almas feroces completamente desnudas. Iluminada, aquella chusma pareció tenebrosa.

Algunos de los encadenados llevaban en la boca cañones de pluma y soplándolos arrojaban la miseria á la multitud y con preferencia á las mujeres. La aurora marcaba con la oscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; la miseria los hacia asquerosos á todos, y ofrecían un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abría la marcha entonaba y salmodiaba á voz en grito, con huera jovialidad, el pot-pourri de Desaugiers titulado *La Vestal*, que entonces estaba en boga; los árboles temblaban lúgubrementemente, y en los paseos algunos curiosos escuchaban embobados los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En el convoy se mezclaban todos los desastres como en un caos; allí se veían los viejos y adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, cabezas jóvenes con tirabuzones en las sienes, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles. En la primera carreta iba un negro, que acaso habría sido esclavo y podía comparar ambas cadenas. El aterrador nivel de la bajeza, la deshonra, había pasado por aquellas frentes; en su grado de abatimiento todos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia convertida en imbecilidad, era para ellos lo mismo que la inteligencia convertida en desesperación.

No podía escogerse entre aquellos hombres; todos se presentaban á la vista como lo más escogido del cieno. El ordenador de aquella procesion inmunda no los había clasificado. Los atarian y aparearian confusamente con desorden alfabético y cargándolos al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados dá un total: de cada cadena salía un alma común y cada carreta tenía su fisonomía. La que seguía á la que cantaba, aullaba; la tercera mendigaba; una de ellas rechinaba los dientes, otra blasfemaba de Dios, y la última callaba como una tumba. Dante hubiera creído ver en marcha los siete círculos de su Infierno, pero la marcha siniestra de los condenados hacía el suplicio, no en el

formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino en la sombría carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho en el extremo de la vara, meneaba de vez en cuando aquel monton de basura humana. Una vieja, que se destacaba entre la multitud, señalaba con el dedo los encadenados á un chiquillo de cinco años, y le decía:—¡Aprende, tu-nante!

Como iban en aumento creciente los cantos y las blasfemias, el capitán de la escolta hizo sonar el látigo; al dar esta señal, una serie de fuertes varazos, que parecía una granizada, cayó sobre las siete carretas, y los que los sufrieron lanzaron un rugido, echando espuma de rabia, que redobló la algarazara de los pilluelos, que acudieron como una nube de moscas á posarse sobre aquellas llagas.

Juan Valjean lanzaba miradas espantosas; sus ojos se parecían al vidrio que reemplaza á la mirada en algunos desgraciados, inconsciente á la realidad y en la que brilla la reverberación del espanto y de la catástrofe. No contemplaba un espectáculo, padecía una vision. Quiso levantarse y huir, pero no pudo mover los piés. Muchas veces lo que contemplamos nos coge y nos sujeta. Permaneció, pues, en su sitio clavado, petrificado y estúpido, preguntándose en su angustia inexplicable qué era lo que significaba aquella persecucion sepulcral y de dónde había salido aquel pandemonium que le perseguía. De pronto se llevó la mano á la frente, como el que recuerda de repente, y se acordó de que aquel era efectivamente el itinerario, de que aquella vuelta se daba siempre para evitar el encuentro posible con las personas reales en el camino de Fontainebleau, y de que hacia treinta y cinco años había pasado también él por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, pero de distinta manera. No comprendía qué era lo que estaba mirando, pero le faltaba el aliento y no le parecía posible lo que veía.

Al fin exclamó:

—Padre, ¿qué son esos hombres que llevan en las carretas?

—Presidarios, le respondió el anciano.

—¿A dónde van?

—Al presidio.

En aquel instante volvieron á sonar los varazos, multiplicados por cien manos, mezclados con sablazos dados de

plano; la rabia de los látigos y de las varas encorvó á los presidiarios: de este suplicio resultó la obediencia repugnante y todos callaron, lanzando miradas de lobos encadenados.

Cosette temblaba de piés á cabeza.

—Padre, preguntó, esos son hombres?

—Algunas veces, le contestó Juan Valjean.

Aquel convoy era la cadena que salía de Bicetre antes del amanecer y se dirigía por el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, en donde estaba el rey. Semejante rodeo hacia durar el viaje tres ó cuatro días más, pero se prolongaba para ahorrar á las personas reales la vista del suplicio.

Juan Valjean volvió á casa con el corazón oprimido. Encuentros como ese son choques y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento. Por eso al volver con Cosette á la calle de Babilonia no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababa de ver; iba demasiado absorto en su abatimiento para oirla y para contestarla. Solo por la noche, cuando Cosette se separó de él para ir á acostarse, la oyó decir, casi en voz baja y como hablando consigo misma:

—Creo que si me encontrase un día cerca de uno de esos hombres, me moriría de pena al verle á mi lado.

Afortunadamente, hizo la casualidad que al día siguiente de la trágica mañana, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiesta en París; revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, funciones en los teatros de los Campos Elíseos, fuegos artificiales en el Arco de la Estrella é iluminaciones por todas partes.

Juan Valjean, violentando sus costumbres, llevó á Cosette á dichas funciones con la idea de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar, con el alegre tumulto de París, la vision abominable que pasó el día anterior ante sus ojos aterrados.

La revista que se verificaba para solemnizar la fiesta hacia que fuese natural la circulación de uniformes, y Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior del hombre que se esconde.

Le pareció que había conseguido el objeto que se propuso.

Cosette, que consideraba como obligación agradar á su padre, y que cualquier espectáculo era nuevo para ella, aceptó complacida aquella distraccion y presenció sonriendo las fiestas públicas.

De modo que Juan Valjean creyó desvanecida en ella la mala impresion del día anterior.

Algunos días despues, una mañana de sol radiante se encontraban ambos en la escalinata del jardín, cometiendo otra de las infracciones de la regla que parecía haberse impuesto Juan Valjean é infringiendo la costumbre que Cosette había adquirido de permanecer en su cuarto. Estaba la jóven de pié, con peinador, con el traje negligente de la mañana, que envuelve graciosamente á las jóvenes y que parece una nube sobre un astro; la daba el sol en la cara, sonrosada por haber dormido bien, y la observaba tiernamente su padre, conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Daba vueltas á la flor instintiva é inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazón.

Si existiese la cuarta Gracia y se llamase Melancolía, Cosette se hubiera parecido á esta Gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando los dedos de Cosette sobre la flor, olvidándose de todo en la irradiación que la jóven despedía. Cerca de ellos un pitirrojo piaba en las ramas; nubes blancas cruzaban el cielo con tanta alegría como si acabasen de dejarlas en libertad.

Cosette seguía con fijeza deshojando la flor; pero en aquel instante de encanto volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne y preguntó á Juan Valjean:

—Padre, qué es el presidio?

LIBRO CUARTO

Socorros de abajo pueden ser socorros de arriba.

I.

Herida por fuera y curación por dentro.

La vida de ambos se iba haciendo así gradualmente sombría. Solo les quedaba una distracción, que en otro tiempo constituyó su felicidad: llevar pan á los hambrientos y vestidos á los desnudos. En las visitas á los pobres, en las que Cosette acompañaba con frecuencia á Juan Valjean, encontraban algunos ratos de su antigua expansion; y á veces, el día en que habían socorrido muchas

miserias y reanimado y hecho entrar en calor á algunos pequeñuelos, Cosette estaba algo alegre por la noche. En esta época fué cuando visitaron la madriguera de Jondrette.

Al día siguiente de dicha visita, Juan Valjean se presentó en el pabellon tranquilo como siempre, pero con una herida ancha, inflamada y misteriosa en el brazo izquierdo, que parecia una quemadura, y de la que dió una explicacion falsa, pero tranquilizadora. Esta herida le ocasionó un mes de calentura y le tuvo sin poder salir de casa; no quiso que llamasen á ningun médico, y cuando Cosette se empeñaba en ello, él la contestaba:—Llama al médico de los perros.

Cosette le curaba la herida por la mañana y por la tarde de un modo tan cariñoso y manifestando tal júbilo por serle útil, que Juan Valjean sentia renacer en él la antigua alegría, disipándose sus temores y sus ansiedades, y contemplaba á Cosette, exclamando:—“Bendita herida!”, Esto contribuia á facilitar su curacion.

Cosette, cuando vió enfermo á su padre, abandonó el pabellon y volvió á tener afición á la casita y al patio de detrás. Pasaba casi todo el día al lado de Juan Valjean y le leia los libros que él la indicaba, que casi siempre eran de viajes. Juan Valjean renacia; volvía á irradiar sobre él la felicidad; el Luxemburgo, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se desvanecian, concluyendo por decirse:—“Todo fué ilusion mia; soy un viejo loco”.

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thenardier, tan inesperado, se borró en él como si hubiese sido un sueño. Consiguió haber escapado y hecho perder su pista; ¿qué le importaba lo demás? Cuando recordaba la emboscada compadecia á aquellos miserables.

Estaban encerrados en la cárcel y por lo tanto imposibilitados de causar daño.

Cosette tampoco habia vuelto á hablarle de la repugnante vision de la barriera del Maine.

En el convento, sor Matilde enseñó la música á Cosette; ésta estaba dotada de una voz de avejilla con alma, y algunas noches en el cuarto del herido cantaba canciones tristes que agradaban á Juan Valjean.

Se acercaba la primavera, y el jardín estaba tan hermoso en dicha estacion, que el anciano dijo á su ahijada:

—Baja á pasearte por el jardín; quiero que pasees.

—Como queráis, padre, le contestó Cosette.

Por obedecerle bajaba á pasear por el jardín, casi siempre sola, porque, como dijimos, Juan Valjean no paseaba, por temor de que le vieran desde la verja.

El herido sintió poco á poco gran alivio; cuando Cosette vió que su padre se curaba y que parecia feliz, sintió gran contento interior, que manifestaba apenas, por presentarse siempre ante él cariñosa y tierna.

Era el mes de Marzo; crecian los días, el invierno iba desapareciendo; vino despues el Abril, que es la aurora del estío, alegre como la infancia y lloroso algunas veces como niño recién nacido.

La naturaleza en ese mes ofrece resplandores atrayentes, que pasan desde el cielo, desde las nubes, desde los árboles, desde las praderas y desde las flores hasta el corazón del hombre.

Cosette era aun muy jóven, y la alegría del Abril penetró en ella. La noche fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo. La primavera dá claridad á las almas tristes, como el medio día dá claridad á los sótanos. Cosette no estaba ya triste.

Por la mañana, despues de almorzar y de conseguir hacer pasear á su padre un cuarto de hora por el jardín al sol y por delante de la escalinata, sosteniéndole el brazo enfermo, se reia á cada instante y era dichosa.

Juan Valjean, satisfecho, la veia más fresca y más sonrosada.

—Bendita herida! exclamaba para sí.

Estaba agradecido á los Thenardier.

En cuanto curó de la herida volvió á dedicarse á sus paseos solitarios y crepusculares.

Es un error creer que se puede pasear de este modo y solos por las regiones menos habitadas de Paris sin encontrar alguna aventura.

II.

La tía Plutarco no encuentra dificultades para explicar un fenómeno.

Una tarde el muchacho Gavroche, que no habia comido, recordó que tampoco habia cenado el día anterior; esto era ya muy pesado, y se resolvió á buscar el modo de poder cenar.

Se fué á dar vueltas más allá de la Salpetriere, por los sitios desiertos, don-

de se encuentran gangas, porque donde no hay gente se suele encontrar algo, y llegó hasta unas casuchas que le parecieron el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus excursiones anteriores recordó que habia visto allí un antiguo jardín, que frecuentaban un anciano y una anciana, en el que habia un manzano bastante grande; al lado de dicho árbol habia una frutera mal cerrada, de la que se podia sustraer alguna manzana. Para el muchacho una manzana era una cena, y una cena era la vida. Lo que perdió á Adan podia salvar á Gavroche. El jardín daba á una callejuela solitaria y sin empedrar, costeadada de malezas y separada por un seto de los edificios.

Gavroche se dirigió hácia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frutera y examinó el seto; el seto no es más que un salto. Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta, la hora era magnífica. Gavroche iba á saltar y se detuvo de repente.

Oyó hablar en el jardín y se puso á mirar por entre los cañizos que formaban la tapia del mismo.

A dos pasos de él, al pié del seto, por la otra parte, precisamente en el punto en que hubiera caído al dar el salto que queria, habia enorme pedrusco tendido que servia de banco, en el que estaba sentado el viejo del jardín, y delante de él, en pié, la vieja.

La vieja refunfuñaba, y Gavroche, que era poco discreto, se puso á escuchar.

—Señor Babeuf! decia la vieja.

—Babeuf! repitió Gavroche; me choca ese nombre.

El viejo interpelado ni se movia ni contestaba. La vieja volvió á exclamar:

—Señor Babeuf!

El anciano, sin levantar la vista del suelo, respondió:

—Qué es eso, tía Plutarco?

—Tía Plutarco! repitió Gavroche; otro nombre que me choca.

La tía Plutarco volvió á hablar y el señor Babeuf no tuvo más remedio que aceptar la conversacion.

—El casero está disgustado.

—Por qué?

—Porque se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará á la calle.

—Entonces me iré.

—La tendera quiere que se la pague, y ya no nos fiará la leña; si no tenemos

lumbre, ¿cómo os habeis de calentar este invierno?

—Tendremos sol.

—El carnicero tampoco nos fia; no quiere ya darnos carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo á cuenta, y dice que si no le doy dinero no me dá pan.

—Bueno.

—Y qué comeremos?

—Las manzanas que quedan en el manzano.

—¡Pero, señor, sin dinero no se puede vivir!

—Si yo no tengo!...

La anciana se marchó y el anciano se quedó solo y meditando.

Gavroche tambien meditaba. Era ya casi de noche. El primer resultado de la meditacion de Gavroche fué que, en vez de escalar el seto, se acurrucó bajo de él, cuyas ramas por la parte baja se separaban un poco de la maleza.

—Calla! exclamó interiormente; ¡esto es una alcoba!...

Se agachó allí; estaba casi recostado junto al banco del señor Babeuf y casi oia la respiracion del octogenario. Para conseguir comer trató de dormir, pero con el sueño del gato, sueño de un solo ojo. Gavroche, adormecido, espiaba.

La blancura del cielo crepuscular blanqueaba la tierra y la callejuela formaba una línea pálida entre dos filas de arbustos oscuros.

De repente en la línea blanquecina aparecieron dos sombras. Una iba delante y la otra detrás, á algunos pasos de la primera.

—Dos hombres! murmuró Gavroche.

La primera sombra parecia un viejo algo encorvado y pensativo, vestido con sencillez y que andaba con lentitud, quizás por causa de los años, y que salia á pasear á la luz de las estrellas.

La segunda sombra era recta, firme y pequeña. Arreglaba su paso al de la primera, pero en la lentitud voluntaria de su marcha se descubria la esbeltez y la agilidad; tenia algo de huraña y de inquieta y la figura de lo que entonces era un elegante; su sombrero era de buena forma, la levita negra, bien cortada, y el talle bien ceñido. Levantaba la cabeza con gracia varonil, y por debajo del sombrero se entreveia el pálido perfil de

un adolescente. Este perfil llevaba una rosa en la boca.

Gavroche conoció en seguida á la segunda sombra; era Montparnasse. De la otra solo podia decir que era un viejo.

Gavroche se puso en observacion, pero sin desamparar su sitio.

Uno de los dos intentaba algo contra el otro, y Gavroche estaba bien situado para ver lo que resultaria de allí. La alcoba se convirtió muy oportunamente en escondrijo.

Montparnasse era temible yendo de caza á aquella hora y en aquel sitio. El corazon de pilluelo de Gavroche sentia compasion por aquel pobre anciano. Pero nada podia hacer para impedirlo; una debilidad podia socorrer á otra? Esto hubiera dado motivo para que Montparnasse se burlase de él. Gavroche conocia que para el temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero y el niño despues eran dos buenos bocados.

Mientras Gavroche pensaba esto, tuvo efecto el ataque brusco y repugnante; el ataque del tigre contra el asno, de la araña contra la mosca. Montparnasse tiró al suelo la rosa de pronto, saltó sobre el viejo, lo agarró del cuello, lo acogotó y se encabritó sobre él. Gavroche apenas pudo contener un grito. Poco despues uno de los dos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de hierro sobre el pecho. Solo que no sucedió lo que Gavroche esperaba. El hombre tendido en tierra era Montparnasse y el que lo sujetaba era el anciano. Esta escena se verificó á pocos pasos del pilluelo.

El viejo recibió el choque, pero lo devolvió tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos el agresor y la víctima trocaron los papeles.

—Vaya un viejo fuerte! pensó para sí Gavroche.

No pudo menos de palmotear; su aplauso fué perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que, ensimismados y aturridos, mezclaban sus alientos en la lucha.

Al poco rato todo quedó en silencio. Montparnasse dejó de forcejear y Gavroche se dijo:—Estará muerto!

El viejo no habia pronunciado una palabra ni lanzado un grito. Enderezóse y Gavroche oyó que le decia á Montparnasse:

—Levántate.

Montparnasse se levantó, sin que el viejo lo soltase, ofreciendo la actitud

humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

El pilluelo miraba y escuchaba, esforzándose para duplicar la vista y los oídos. Se divertia extraordinariamente. Quedó recompensada su ansiedad de espectador al coger al vuelo el siguiente diálogo, al que imprimia la oscuridad cierto carácter trágico. El viejo preguntaba y Montparnasse respondia:

—Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Eres jóven y fuerte; ¿por qué no trabajas?

—Porque me fastidia trabajar.

—Qué eres?

—No me ocupo en nada.

—Puedo hacer algo por tí? ¿Qué quieres ser?

—Ladron.

Hubo un instante de silencio. El viejo estaba pensativo é inmóvil, pero no soltaba á Montparnasse.

De vez en cuando el jóven bandido, vigoroso y ágil, sentia el estremecimiento de la fiera cogida en la trampa. Daba una sacudida, probaba á hacer la zancadilla, retorcia sus miembros y trataba de escaparse. El viejo aparentaba no notarlo y le tenia cogidos los dos brazos con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditacion del anciano duró un rato; mirando fijamente al bandido, levantó suavemente la voz, dirigiéndole en la oscuridad una especie de alocucion solemne, de la que Gavroche no perdió ni una sílaba.

—Hijo mio, entras por pereza en la más laboriosa de las existencias. Si quieres ser holgazan prepárate para trabajar. ¿Conoces la terrible máquina que se llama el laminador? Pues es feroz; ten cuidado con ella, porque si te coge el faldon de la levita se te lleva todo el cuerpo. Pues esta máquina es la ociosidad. Detente, aun es tiempo; aun puedes salvarte. Si no lo haces, dentro de poco te encontrarás entre las ruedas, y cuando te cojan te pierdes para siempre. Ya no descansarás, porque se habrá apoderado de tí la mano de hierro del trabajo implacable. ¿Te fastidia ganarte la vida, tener un oficio, cumplir un deber? ¿No quieres ser como los demás? Pues bien; serás de otra manera. El trabajo es la ley comun; el que lo rechaza, lo toma como á un suplicio. No quieres ser obrero; pues serás esclavo. El trabajo solo nos deja por un lado para cogernos por otro: no quieres ser su amigo, serás su



METIÓ LA MANO EN EL BOLSILLO DE LA LEVITA Y COGIÓ LA BOLSA.

negro; no quieres sentir el honrado cansancio de los hombres, pues sentirás el sudor de los sentenciados. Donde los demás cantan, tú gruñirás. Verás desde lejos cómo trabajan los hombres y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marinero y el herrero te parecerán bienaventurados de un paraíso; verás irradiar el yunque, guiar una carreta, atar las mieses, el barco bogando en libertad; mientras tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! ¡Tira de tu cabestro, bestia de carga del tiro del infierno!... ¡No hacer nada es tu único objeto?... Pues bien; no pasarás una semana, un día, ni una hora sin sufrir una humillación. Lo que hagas lo verificarás con angustia; tus músculos crujirán todos los minutos; lo que para los demás es pluma blanda, será roca para tí. Ir, venir y respirar serán para tí trabajos terribles: el pulmón te causará el mismo efecto que si pesase cien libras. Ir aquí ó allá te será un problema difícil de resolver. El que quiere salir de su casa no tiene que hacer más que empujar la puerta y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para salir á la calle, basta á cualquiera bajar la escalera; pero tú tendrás que romper las sábanas, hacer tiras de cuerda, pasarlas por la ventana, suspenderte colgando de este hilo sobre el abismo, de noche, cuando ruja la tempestad, cuando llueva, cuando sople el huracán, y si la cuerda es corta, tienes que bajar tirándote. Tirándote á ciegas en el precipicio, desde cualquier altura, abajo, á lo desconocido; ó subirte por el cañón de una chimenea, con peligro de quemarte, ó deslizarte por el conducto de una letrina, con el riesgo de morir ahogado. Si te descubren, que sucederá de tí? Te encerrarán en el calabozo y te separarán del mundo por más años. No hacer nada es tomar lúgubre partido. Vivir en el ocio y de la sustancia social es ser inútil, es decir, perjudicial. El ocio conduce directamente al fondo de la miseria. El infeliz que quiere ser parásito será sabandija. ¡No te gusta trabajar! Solo quieres beber, comer y dormir bien; pues beberás agua, comerás pan negro y dormirás sobre una tabla atado á una cadena, cuyo frío helará tus carnes por la noche. Puedes romper la cadena y huir, pero entonces te arrastrarás por las malezas escondiéndote, y comerás yerbas como los animales silvestres. Volverán á prenderte, y entonces verás pasar los años en un patio profundo, cercado de murallas; bus-

carás á tientas el jarro para beber, morderás pan negro y repugnante y comerás habas que los gusanos habrán roído antes que tú. Serás una corredera en una cueva. Ten piedad de tí mismo, joven miserable, y sigue mis consejos. Deseas gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, ser elegante y agrandar á las mujeres; y te cortarán el pelo al rape y te harán vestir la chaqueta roja y calzar zuecos. Deseas cubrirte las manos de sortijas, y te pondrán una argolla en el cuello; y si miras á una mujer, te darán un palo. Entrarás en la cárcel á los veinte años y saldrás de ella á los cincuenta. Entrarás joven y sonrosado, con ojos brillantes, dientes blancos y pelo negro, y saldrás encorvado, con arrugas, sin dientes y con el pelo blanco. ¡Infeliz criatura, vives en un error funesto! La holgazanería te aconseja mal, porque el trabajo más pesado es el robo. Créeme y no te dediques á la penosa profesión de perezoso. No es cómodo ser ratero; es más cómodo ser hombre honrado. Vete y medita todo lo que acabo de decirte. Querías robarme la bolsa; toma: aquí la tienes.

El anciano, soltando á Montparnasse, le puso en la mano su bolsillo, que el bandido retuvo un instante en la suya, pesándolo; despues, con precaucion maquinal, como si le hubiese robado, lo dejó caer con suavidad en la faltriquera de atrás de la levita.

El viejo le volvió las espaldas y continuó su paseo, sin acelerar siquiera su paso habitual ni volver la cabeza hácia atrás para ver si el bandido le seguía.

—Zopenco! murmuró Montparnasse.

El lector habrá indudablemente conocido al anciano.

Estupefacto el bandido y sin acertar á moverse, se quedó contemplando cómo se alejaba el viejo hasta perderlo de vista, pero le fué fatal esta contemplación. Mientras el anciano se alejaba de él, Gavroche se le aproximaba.

Gavroche, mirando de reojo, se aseguró de que el señor Babeuf seguía sentado en el banco, quizás dormido, y salió de la maleza arrastrándose por detrás de Montparnasse, que permanecía inmóvil. Se llegó hasta él sin ser visto ni oído, metió suavemente la mano en la faltriquera de detrás de la levita del joven bandido, sacó de ella el bolsillo, y volviéndose á su sitio, también arrastrándose, hizo en la oscuridad una evolucion de culebra.

Montparnasse, que nada de esto podía